VICENTE RISCO

Escritor y Profesor

LA POESÍA GALLEGA EN EL SIGLO XIX

Separata del cuarto volumen, segunda parte, de la HISTORIA GENERAL DE LAS LITERATURAS HISPÁNICAS



EDITORIAL BARNA, S.A.

LAYETANA, 158 · BARCELONA







8.618 2460 BUR-2460 CM158428

LA POESIA GALLEGA EN EL SIGLO XIX

por

VICENTE RISCO





Situación histórica

Después de su esplendor medieval, la poesía gallega sufre un eclipse casi completo de tres siglos. Las causas, que afectan también a otras manifestaciones literarias hispánicas, son: el retroceso de la lengua regional, la considerable altura alcanzada por las letras castellanas y el cambio espiritual que trajo el Renacimiento. Mientras los poetas gallegos representaron fielmente las tendencias de la Edad Media, los castellanos, desde el siglo xv, se asimilaron las formas y las ideas italianas, difíciles para nosotros.

Desde los primeros años del siglo XIX, se anuncia un resurgir de la poesía y de la lengua gallegas, debido a otro cambio en la conciencia europea, que se manifiesta en el movimiento romántico, el cual revaloriza lo autóctono, lo popular, lo medieval, el sentimiento de la naturaleza y del paisaje, todo lo cual

estaba en feliz consonancia con el alma de nuestro pueblo.

Sin embargo, no se trata, en ningún modo, de una vuelta a aquellos orígenes. La poesía gallega moderna, en especial la del siglo pasado, no se parece en nada, ni en sus temas ni en sus formas, a la de los poetas de los cancioneros. Sus temas son los del romanticismo, incluso con reminiscencias clásicas; sus formas son las de la poesía castellana, tal como se encuentran en los manuales de Retórica y Poética. Ha sido ya en nuestro siglo cuando se han emancipado de ellas. Pero, en cambio, su espíritu es diferente y exclusivo, y les da una consistencia y una significación de alta calidad.

Los comienzos del siglo

El siglo XIX comienza con una conmoción bélica formidable que afecta a toda España. La exaltación del espíritu nacional que produjo la guerra de la Independencia dió ocasión para que cada pueblo volviese a lo suyo, frente al invasor, y se sintiera orgulloso de sus proezas en la defensa del suelo patrio. Y como había que sostener el espíritu popular para una empresa como aquella, era precisa una gran actividad literaria y propagandística. En Galicia se publicaron entonces una multitud de periódicos. El periodismo, recién nacido — el primer periódico de Galicia, el «Catón Compostelano», fué fundado en 1800 por don Francisco del Valle-Inclán — tuvo ya desde entonces una importancia inmensa en la región; la escasez de medios editoriales es causa de que, no solamente grandísima parte de nuestra producción poética, sino trabajos del mayor interés en todas las materias, incluso investigaciones eruditas de historia y arqueología, se hayan publicado exclusivamente en la prensa diaria.

Entre 1808 y 1814 se publicaban «El Diario de Santiago», «El Patriota santiagués», «El Diario de La Coruña», «El Telégrafo», «El Sensato», «El Estan-

24. — v 369

darte», «La Estafeta de Santiago», «La Gaceta Marcial», «Boletín Patriótico», «El Semanario Político, Histórico y Literario»... Los redactores de estas hojas: Pardo Andrade, Freire, Castrillón, Fandiño, Verea y Aguiar, lo eran por afición y por patriotismo; casi todos hacían versos, y algunos empleaban el gallego, y se hicieron famosos, en su época, por razones no literarias, como los Rogos de un gallego, contra la Inquisición, de Pardo de Andrade. Pero el poeta más importante de la época fué el segundo cura de Fruíme, don Antonio Francisco de Castro, cuyas Poesías, en castellano, se publicaron en Orense en 1841, dieciséis años después de su muerte. Sánchez Cantón, que le ha dedicado su discurso de entrada en la Real Academia Española, lo presenta como un prerromántico, no por sus formas, sino por sus temas — el paisaje, la noche, la tristeza, los héroes de la leyenda carolingia, de tanto prestigio en el pueblo de Galicia.

La época de los precursores

Murguía publicó, en 1886, una colección de lo que entonces se llamaba «semblanzas» de escritores y personajes gallegos, bajo el título de Los Precursores. Se trataba de los que, según él, presagiaron e hicieron nacer el sentimiento regional. Son: Antolín Faraldo, Aurelio Aguirre, Leonardo Sánchez Deus, Félix Moreno Astray, Eduardo Pondal, Antonio Cendón, Rosalía de Castro, Serafín Avendaño, Benito Vicetto e «Ignotus»... Un precursor político, un liberal como había muchos, un voluntario garibaldino, un investigador de cosas de Galicia que se había hecho protestante, un auténtico precursor y poeta, un pintor, la más grande entre los poetas gallegos, otro pintor, un historiador y novelista notable, y un desconocido. Dos de los más grandes poetas de Galicia se encuentran en el grupo, en el cual, ni están todos los que son, ni son todos los que están.

El momento inicial del renacimiento gallego suele colocarse entre 1838 y 1840. Otros, acaso por influencia del padre Blanco García, lo hacen partir de la publicación del Album de la Caridad, en 1862. En efecto, allí se presentan los poetas gallegos en legión, causando la sorpresa de algo nuevo. Pero ello ha sido

preparado desde veinticinco años antes.

Antolín Faraldo, Manuel y José Rua Figueroa, Antonio Romero Ortiz, todos de la generación nacida alrededor de 1820, son los de la revolución de 1846, cuyo fracaso los dispersa. Ninguno de ellos se señala como poeta; pero las publicaciones periódicas de su época juvenil: el «Semanario instructivo», el «Recreo compostelano», la «Revista de Galicia», «El Porvenir», el «Idólatra de Galicia», «El Eco de Santiago», proporcionan tribuna y orientación. Anterior a ellos es Nicomedes Pastor Díaz (1811-1863), cuya Alborada colocan en el año 1828; poeta gallego por el sentimiento de «saudade» con que recuerda su país de Vivero, en sus poemas castellanos, se le atribuye también una égloga en gallego: Belmiro e Benigno, recientemente descubierta por José María Alvarez Blázquez.

Francisco Añón

Más auténtico precursor en poesía — si bien inferior a Pastor Díaz —, es Francisco Añón y Paz (1812-1878). Vida interesante, azarosa y triste: aldeano, seminarista, estudiante de Derecho, poeta en los periódicos de Galicia, revolucionario, emigrado tres veces, secretario de un lord inglés viajero por Europa, periodista en Madrid, empleado modesto, profesor de idiomas, intérprete de hotel, fallecido en un hospital... Se le llamó, un tanto hiperbólicamente, el Poeta de los Himnos; fué, indudablemente, muy popular.

Añón escribió, como todos, versos castellanos, pero empleó el gallego mucho más que sus contemporáneos. De sus himnos se citan: A Galicia, el Himno dos Povos, en portugués, que le valió ser expulsado de la nación vecina en 1850, y un Himno â Agricultura. Su amor a Galicia era exaltado y optimista. El himno citado (1861) comienza:

Ay, desperta, adourada Galicia, d'ese sono en qu'estás debruzada: d'o teu rico porvir a alborada pol-o ceo enxergándose vai...

idea que repite en 1877:

Ergue esa altiva testa, Galicia, e non t'engruñes; d'o teu porvir dourado a estrela vai rayar...

para despedirse con la queja dolorida del ausente:

¡Adiós, frondosos bosques, adiós, floridos prados, onde en felices días corrín e rebuldei!
Serenas, claras rías, outeiros perfumados, collede os meus suspiros de bágoas salpicados...
Lonxe de vós, eu morro! Sin vós, vivir non sei!

Otras poesías de Añón son humorísticas y costumbristas. Las más celebradas, A pantasma, O magosto, Recordos da infancia. Pero lo que todo el mundo sabía de memoria eran sus epigramas: Diante da Torre de Hércules, El borracho y el eco...

De la misma edad de Añón, era Juan Manuel Pintos (1811-1876), autor de A gaita gallega, «foliadas» costumbristas en verso gallego, con un glosario, muy citado. José María Posada (1817-1886) y su contemporáneo José García Mosquera (1817-1868), que tradujo al gallego el Beatus ille, traducción que pasa por una de las mejores de la famosa oda horaciana, tienen un interés principalmente histórico. Alberto Camino (1821-1861) tiene más fama, principalmente, por dos poemas gallegos que se citan siempre: O desconsolo y Nai chorosa; sus obras en castellano (una comedia, un drama, poemas alegóricos y uno a la conquista de Méjico) están olvidados.

En estos años, alrededor de la mitad del siglo, y aún después, había en Galicia sociedades literarias que sostenían el movimiento poético, como el «Liceo de San Agustín», de Santiago, y el de La Coruña, a imitación de las cuales sur-

gieron fundaciones efímeras en otras ciudades y hasta en las villas.

Los Juegos Florales y el «Álbum de la Caridad»

Se habló mucho, y aún se menciona hoy, aquel acontecimiento de los años 1861 y 1862. Se trata de una iniciativa benéfica de don José López Cortón, que logró la celebración, en La Coruña, de los primeros Juegos Florales de Galicia, en el teatro de San Jorge, a los que concurrieron muchos poetas y prosistas en ambos idiomas obteniendo los premios Francisco Añón, Luis Rodríguez Seoane, Francisco Pérez Villaamil, Antonio de San Martín, Antonio García Vázquez-Queipo, Salustio Víctor Alvarado, José Villaamil y Castro, y accesits Federico Alejos Pita, Domingo Camino, Benito Vicetto, Juan Manuel Paz y Ramón Barros Sibelo.

Al año siguiente, López Cortón, Mecenas de la fiesta, publicó los trabajos premiados, seguidos de una antología de los poetas gallegos de la época, bajo el título de Álbum de la Caridad. Se considera este Álbum como el resumen del renacimiento literario de Galicia en la primera mitad del siglo xix. Su valor

no es, ciertamente, muy grande, aunque algunas composiciones célebres, como A campana de Anllons, de Pondal, figuren en el bien titulado «mosaico», pero tiene el de ser un documento histórico.

La segunda mitad del siglo

En lugar de ser un comienzo, como se ha pretendido, el Álbum de la Caridad cierra un ciclo de iniciación y balbuceos de la poesía gallega moderna y del mismo idioma regional. Es cierto, que sin él, no tendríamos los frutos logrados en la segunda mitad del siglo, que fué la época de los cuatro grandes poetas: Rosalía de Castro, Eduardo Pondal, Manuel Curros Enríquez y Valentín Lamas Carvajal, a los que siguieron otros muchos que superaron notablemente a los del Álbum.

Rosalía de Castro

Es la figura cumbre de la poesía gallega, tanto por el valor intrínseco de su obra, como por su significación. Es también, por ello, nuestra figura más

universal. Su fama crece de día en día, dentro y fuera de Galicia.

Su vida fué triste, cubierta de una sombra de infortunio desde su origen. Nació en el Hospital de Santiago, en 1836. Vivió en Ortoño; después, con su madre, doña Teresa de Castro, en la Casa de Arretén. A los veinte años, en 1856, marchó a Madrid, y vivió allí, en casa de su tía doña Carmen Lugín, casada con un Castro. Allí publicó el primer libro de versos, La Flor, en 1857, y conoció a don Manuel Murguía, con quién se caso en 1858. El matrimonio vivió en La Coruña, Santiago, Vigo y Lugo, y en este período publicó Rosalía sus primeras novelas y las poesías A mi madre (Vigo, 1863), y Cantares gallegos (el mismo año), que tuvieron un gran éxito; tuvo que acabarlo a toda prisa, porque el editor había tirado, sin consultar, el primer pliego. Debían llevar un prólogo de Pastor Díaz, pero éste murió en aquel momento. En 1868, nombrado Murguía jefe del Archivo de Simancas, Rosalía fué con él, y anduvieron por tierras castellanas. En Madrid conoció Rosalía a muchos personajes de la época: Castelar, Ruiz Zorrilla, Sagasta, los hermanos Bécquer, Frontaura, Balart, Trueba, Teodoro Guerrero, Julio Nombela, Roberto Robert, Sunyer y Capdevila... Ya entonces se encontraba hondamente afligida por la muerte de su primer hijo, por la muerte de su madre, por «tristes revelaciones»... En 1870, nombrado don Manuel jefe del Archivo de Galicia, vuelven al país, Rosalía enferma, y residen en La Coruña y Santiago. En 1880 se publican Follas Novas, y en 1884 En las orillas del Sar. Los últimos años los pasó Rosalía en Lestrove y en Padrón, en donde murió, en 1885. Fué sepultada en el cementerio de Adina, por ella cantado. En 1891 se trasladaron sus restos a la iglesia de Santo Domingo, de Santiago, y se rindió un homenaje a su memoria.

Cantares gallegos. — Publicados en Vigo, en 1863, fueron recibidos con general aplauso y, en su tiempo, fueron lo más estimado y celebrado de Rosalía. Son, en general, paráfrasis o glosas de cantos o dichos del pueblo, en sencillos metros aldeanos y con una identificación asombrosa con el espíritu de las gentes del campo, un sentimiento profundo y enamorado de la tierra nativa, un apego a lo próximo, a los «eidos nativos», que se expresa incluso en las formas dialectales y hasta incorrectas de su gallego, que es el de las tierras entre Santiago y Padrón. Domina, acaso, en los Cantares, la nota elegíaca: «Doces, galleguiños aires...» «Adiós, ríos, adiós fontes...» (se ha hecho notar la insistente mención de las aguas, en la poesía rosaliana, y ha tratado de interpretarse de diver-

sas maneras; aquí puede tener gran parte el paisaje padronés). Se encuentra también el sentimiento de protesta gallega: «Castellanos de Castilla....» Al lado de ésto se ha destacado, recientemente, «la frescura juvenil», el «amor a la faz risueña de la vida» y aún el inocente humorismo e ingenua picardía de las poesías descriptivas y costumbristas de los Cantares. Confiesa Rosalía haber tenido la idea de este libro, al leer los Cantares, de Trueba, pero los suyos son absolutamente gallegos: identificada con nuestro pueblo, nuestro pueblo canta en sus versos. Galicia había encontrado su poeta, y así fué reconocido por pro-

Follas novas. — Salen en Madrid, en 1880, con prólogo de don Emilio Castelar. Aquí nos encontramos con algo nuevo y extraordinario. Puede que el mito de Rosalía haya empezado a motivarse con los Cantares; pero Follas novas plantean su misterio. Este misterio puede ser advertido ya en la sorpresa y hasta el disgusto — alguien ha dicho el «estupor» — que en su tiempo causó este libro. Su insistente amargura, en la que su autora parecía gozarse morosamente; la paladina sinceridad de su expresión, exenta de retórica, en los tiempos de Núñez de Arce; su vaguedad nebulosa; su lirismo puro; las novedades sorprendentes de su métrica, que empleaba, de un modo espontáneo y sin propósito efectista, aliteraciones, asonancias, similicadencias, repeticiones, retorno de palabras, combinaciones de octosílabos con toda clase de versos de arte mayor, diferentes, mezclados..., todo ésto era inusitado y casi escandaloso.

Sin embargo, el misterio de Rosalía no fué planteado como tal hasta el día de hoy. En la última bibliografía rosaliana señalan una nueva posición del problema las publicaciones de «Galaxia» 7 ensayos sobre Rosalía, y La saudade (se deben mencionar también los estudios de Victoriano García Martí, Introducción a las obras completas de Rosalía, de Aguilar, de José Luis Varela, Rosalía o la saudade, en Cuadernos de Literatura, Madrid, y de Ricardo Carballo Calero, Sete poetas). Los ensayistas de «Galaxia» (Domingo García Sabell, Celestino F. de la Vega, Ramón Piñeiro, J. Rof Carballo) renuncian a explicar la obra de la «cantora del Sar» por las circunstancias de su vida, por el celtismo y por el romanticismo, para buscar su sentido trascendente. Rosalía no

deja de personificar la «Saudade»:

Campanas de Bastabales, cando vos óyo tocar, mórrome de soidades...

Pero la saudade es un sentimiento radicado en el fondo del alma humana, que se trata de interpretar en sentido existencialista, como una forma gallega digámoslo así, de la «angustia vital». Ciertamente Rosalía expresa repetidamente un desamparo absoluto:

Xa nin rencor, nin desprezo, xa nin temor de mudanzas, tan sô unha sede... unha sede d'un non sei qué, que me mata...

que otras veces se goza en su propio dolor:

...Xa non sentín mais tormentos,
Nin soupen qu'era delor;
soupen sô que non sei qué me faltaba
en donde o cravo faltou,
e seica... seica tiven soidades
d'aquela pena, ¡bon Dios!...

y también:

Mais vé, qu'o meu corazón é unha rosa de cen follas y é cada folla unha pena que vive apegada n-outra. Quitas unha, quitas duas,

penas me quedan d'abonda hoxe dez, mañán corenta, desfolla que te desfolla... ¡O corazón m'arrincaras desqu'as arrincaras todas! y que teme a la dicha, o se cree culpada con ella:

Cand'un é moi dichoso, moi dichoso, incomprensibre arcano!

Caxeque — n'é mentira anqu'o pareza — ill'a un pesa d'o ser tanto!

Que no fondo ben fondo das entrañas hay un deserto páramo que non s'enche con risas nin contentos, senon con froitos d'o delor amargos.

y que siente saudades de la muerte — el «instinto thanático» que quiso encontrar como rasgo gallego el doctor Nóvoa Santos — por ejemplo:

C'o seu xordo e constante marmurío atraim'o oleaxen d'ese mar bravío, cal atrai das sirenas o cantar.

«N-este meu leito misterioso, e frío — dime — ven brandamente a descansar. El namorado está de min... ¡o deño! Y-eu namorada d'él, ¡pois saldremos c'o empeño, que s'él me chama sin parar, eu teño unhas ánsias mortais d'apousar n-él!

Sin embargo, el dolor de Rosalía es personalísimo, son sus penas íntimas las que le hacen tomar una actitud extrema y alcanzar máxima altura lírica, tocar en lo trascendente, como otros poetas que justamente se le comparan: Hölderlin, Heine, Leopardi, Rilke. Sin que ésto le impida compartir profundamente el dolor ajeno, y darse cuenta de que todos estamos expuestos a sus acometidas. Pero su amargura se expresa como algo excepcional:

N-o ceo, azul crarísimo; n-o chan, verdor intenso; n-o fondo d'alma miña todo sombriso e negro. ¡Qu'alegre romaría! ¡Qué risas e contentos! Y os meus ollos en tanto de bágoas están cheos.

y en otro lugar:

Mayo longo... mayo longo, todo cuberto de rosas, para algúns, telas de morte para outros, telas de bodas. Mayo longo, mayo longo, fuches curto para min, veu contigo a miña dicha, volveu contigo a fuxir.

v aún:

Astro d'as almas orfas, lua descolorida, eu ben sei que n'alumas tristeza cal a miña...

y en otro lado:

Si... para todos un pouco d'aire, de luz, de calor... mais si para todos hai, para min, non.

Hay algo personalísimo, inalienable, que la acompaña siempre, que la ha elegido como víctima: unas veces se llama el «fantasma», otras veces, la «sombra»

— el pueblo que ella amaba le hubiera llamado la «fada»; acaso Rosalía no haya querido estampar esta palabra tan común, de un sentido tan temible: «sino», «maldición» o «maleficio» que persigue a una persona de modo implacable, contra lo que no se puede luchar —. Es el fantasma contra el que pide ayuda al cielo y al mar:

¡Mar! c'as tuas auguas sin fondo, ¡Ceo! c'a tua inmensidá, o fantasma que m'aterra axudádeme a enterrar. É mais grande que vos todos e que todos pode mais...
C'un pé posto onde brilan os astros e outro ond'a coba me fan.
Impracabre, burlón e sañudo, diante de min sempre vai, y amenaza perseguirme hastr'a mesma eternidá.

Es la famosa Negra Sombra, ese canto al que se puso música de fúnebre acento y que no oímos cantar sin una secreta inquietud:

Cando penso que te fuche, negra sombra que m'asombras, ô pé dos meus cabezales tornas facéndome mofa. Cando maxino qu'és ida, n-o mesmo sol te m'amostras, y eres a estrela qur brila y eres o vento que zoa. Si cantan, és ti que cantas, si choran, és ti que choras, y és o marmurio d'o rio y és a noite y és a aurora. En todo estás e ti és todo, pra min y en min mesma moras, nin m'abandonarás nunca, sombra que sempre m'asombras.

No son vanos, desde luego, los intentos de encontrar en Rosalía una metafísica, como se encuentra, sin duda alguna, en todo gran poeta. Su valor metafísico está en la posibilidad de interpretaciones diversas que ofrecen. Pero ésta reside, precisamente, en su singularidad, y la singularidad, la inconfundibilidad de Rosalía es una de las más acusadas y patentes.

Un resumen de Xuicios críticos sobre Rosalía publicó Salvador Lorenzana,

en los 7 Ensayos de «Galaxia».

Eduardo Pondal

Inmediatamente después de Rosalía, por la importancia, si no por la fama, viene Eduardo Pondal, el «Bardo», el poeta de «la lira de hierro», cuyo ensueño se esfuerza en revivir lo mítico y lo heroico.

Eduardo Pondal y Abente nació, en 1835, en Ponteceso, en tierras de Bergantiños, y estudió medicina en Santiago. De estudiante frecuentó el Liceo de San Agustín, donde había tertulias literarias, y se reveló como poeta, con su íntimo amigo, Aurelio Aguirre, en una ocasión que se hizo célebre: el banquete de Conjo, del que hablan todos los historiadores de la literatura gallega. Fué un banquete organizado por los estudiantes liberales, en 1856, en homenaje «al tercer estado», en el que fraternizaron obreros y estudiantes. Los brindis de Aguirre y de Pondal tuvieron un sentido político muy avanzado. El de Pondal

Ya rompe nuestra aurora y centellea...

es citado siempre con admiración.

Pondal apenas ejerció su carrera. Se retiró pronto a su casa paterna, y allí vivió, con frecuentes viajes a Santiago y La Coruña, en donde concurría a la librería de Carré, llamada la «cova céltica», en la que hacían tertulia Martínez Salazar, Murguía, Florencio Vaamonde, Martelo Paumán, Lugris y otros. Murguía tuvo una gran influencia sobre Pondal; ambos eran «racistas», y se apoya-

ban en el pasado céltico de Galicia.

La «saudade» de Pondal, poeta de la libertad, que ansiaba levantar a un pueblo, se orienta hacia un pasado que él imaginaba libre e independiente, y que su impulso lírico quiere reconquistar. La poesía de Pondal se propone renovar la historia. Como del pasado céltico no quedan más que vagos vestigios, y entonces se sabía mucho menos que ahora, Pondal se esfuerza en adivinarlo, guiándose por los poemas de Ossián, por algunas citas del *Leabhar Gabala* y por las investigaciones de Murguía, y crea un mito fragmentario, distante de la historia, indeterminado, alrededor de dos arquetipos: el Héroe y el Bardo. Pero de una gran belleza, de una fuerza de sugestión extraordinaria.

Pondal es «el Bardo»; pero como desconoce al bardo cortesano de la realidad histórica, aquel gran sedentario concibe al bardo tan sólo como poeta

errante:

... pero o que é aos sonorosos e vagabundos bardos, como a todo o que trague o seu tempo contado, non intentés, non intentés detelos, que son aves de paso.

y en otro lugar:

Que barba non cuidada, que pálida color...

¡Parece un pino leixado do vento, parece botado do mar de Niñons!

La obra de Pondal es breve. En el Album de la Caridad se publicó una poesía que se hizo célebre: A campana d'Anllons, quejas de un prisionero de Orán, que se ha creído imitación del Romance del Cautivo, de Góngora. En 1877 salió su primer libro, Rumores de los pinos, bilingüe, y, en 1886, Queixumes dos pinos. A su muerte, en 1917, dejó poesías inéditas y un poema incompleto, en octavas reales, Os Eoas, de inesperado simbolismo: los Hijos de la Aurora venciendo la oscuridad del Mar Tenebroso, descubren y conquistan la nueva tierra de América. No es fácil formular un juicio de este esbozo.

Queixumes dos pinos sigue siendo su obra fundamental. Pondal no conoce otro héroe «histórico» que Breogan, el progenitor, que recibe del Leabhar Gabala, a través de Murguía. Su «ética castrense» — como dice José Luis Varela — los necesita, y el poeta los encuentra personificando el paisaje: Rentar, Morpeguite, Toimil, Folgar Contemunde, se convierten en guerreros y heroínas; Pondal ama la sonoridad evocadora de estos nombres, y toma por célticos los que en realidad son germánicos: Roiriz, Gondomil, Gundariz... Y los pinos bergantiñáns son también

...gente de Breogan en falange de ferro ben tecida que s'apresta a loitar...

La lira de Pondal tiene acentos bravos, de poeta hosco y solitario:

Feros corvos de Xallas que vagantes andás, en demanda do lonxe, sin hoxe nin mañán. Quén poidera ser voso compañeiro pol-a gandra longal. mas también de una vaga «saudade» íntima:

¡Ou mazarico que cantas tras do pinal do Marico, non sei que me dá se t'ouzo non cantes mais, mazarico!
Cal fero coitelo cortante e punxente
mesmo na alma te sinto.

Es innegable que Pondal poseía el «don del verso». Tenía la intuición profunda del poder evocador de la palabra, del «nimbo» espiritual que la envuelve. Así, consigue efectos de verdadera emoción con simples enumeraciones de nombres de pueblos, de valles, de montes, de pinares, de gándaras esquivas. Así su vaga mitología, apenas indicada, opera sobre nuestra sensibilidad con una fuerza extraordinaria y no se olvida nunca. Pondal era un gran poeta, uno de

los más eficaces que conocemos.

Sobre Pondal se ha escrito mucho en el que podemos llamar «segundo renacimiento gallego» desde 1918. Lo más importante, Ramón Otero Pedrayo, Romantismo, saudade, sentimento da raza e da terra en Pastor Díaz, Rosalía de Castro e Pondal, Santiago 1931. En los tiempos recientes, José Luis Varela, El celtismo de Pendal, E. U. C. Santiago MCML y Cartas a Murguía, cuadernos de Estudios Gallegos, xxv, 1953, y Un capítulo del ossianismo español: Eduardo Pondal, en estudios dedicados a Menéndez Pidal, Ricardo Carballo Calero, Sete Poetas.

Manuel Curros Enríquez

La fama de Curros es mucho mayor que la de Pondal, sobre todo en el gran público. Desde luego, su obra es más abundante, y, además, Curros era un poeta cívico, si Pondal fué, en el fondo, un poeta épico. Todavía más: Curros

fué un poeta político. Pero verdadero poeta.

Nació en Celanova, en 1851. Parece que una educación demasiado rígida excitó la rebeldía de su temperamento. Muy joven huyó de su casa, con un hermano, y fué a dar a Londres, permaneciendo allí y en París algún tiempo. Después vivió en Madrid, dedicado al periodismo, y emprendió la carrera de Derecho, que no terminó. Se hizo notar como republicano exaltado y anticlerical, articulista combativo, hábil en el sarcasmo. Fué corresponsal de «El Imparcial» en la guerra del Norte, en 1871. De 1878 a 1883 fué empleado de Hacienda, en Orense, en donde publicó Aires da miña terra (1880), libro del que forma parte el celebrado poema A Virxe do Cristal, fundado en una tradición popular celanovense, pero que incluía otras poesías: Mirando ô chao, A igrexa fría y Pelengrinos á Roma que le valieron la excomunión y un proceso. La primera era una paráfrasis de Le Bon Dieu, de Beranger:

Dios non atopando, cousa en qu'entreterse, farto d'estar solo, cavilando sempre en forxar cadeas, traballos e pestes...

Absuelto, en apelación, por la Audiencia de La Coruña, Curros reincidió en la segunda edición de su libro (Madrid, 1881). Cesante en 1883, volvió a Madrid como periodista. De esta etapa es *O divino sainete* (Coruña, 1888), en que el poeta desahoga su resentimiento, en tercetos de fuerza:

Triadas, miñas triadas que levades os tres fíos d'as frechas envenenadas miñas triadas valentes, rachade os aires fungando como fungan as serpentes: ladrade, mordede, ride, ond'haxa virtú, bicade; ond'haxa vicio, feride!

En 1894 marchó Curros a La Habana, en donde fundó la revista «Tierra Gallega», y después fué redactor de «El Diario de la Marina». A principios de siglo volvió a Galicia, y recibió un homenaje, en La Coruña, en 1904. Regresó a Cuba, y falleció, en La Habana, en 1908, siendo sus restos trasladados a La Coruña, en donde se le tuvo un funeral católico, en abril de aquel año.

Todos están conformes en que las poesías castellanas de Curros (El Padre Feijóo, El Maestre de Santiago, poesías menores sueltas) son muy inferiores a las gallegas. En gallego es un poeta de alta calidad, que maneja con arte los más variados temas, metros y formas estróficas. Metros y estrofas son las de los poetas castellanos de su tiempo, diferentes de los empleados por Rosalía y Pondal. Como Añón — su «Virgilio» en O divino sainete, que pretende ser dantesco —, muestra preferencia por los metros excesivamente musicales y saltarines, por repeticiones y armonías imitativas:

...Racataplán, solamente, racataplán, repetía...

En sus mismos versos políticos alcanza a veces elevados acentos, que compensan sus prosaísmos. Pero cultiva también la nota descriptiva y pintoresca (Unha boda en Einibó, O gaitero da Penalta) y la nota sentimental (No xardin unha noite sentada)... poesía que se popularizó extraordinariamente y hasta fué modificada por el pueblo; Un adiós á Mariquiña:

Coma ti vas pra lonxe y-eu vou pra vello, un adiós, Mariquiña, mandarche quero. Que a morte é o diaño y-anda rondando as tellas do meu tellado...

y la «saudade» de Galicia:

...o millor viño, o da adega, a millor carne, a d'a alcatria, a millor terra, a d'a patria, a millor patria, a gallega.

En A Virxe do Cristal, el poeta conocido por sus desplantes a lo Carducci, se expresa como un poeta mariano:

Leutores, s'olvidando d'o mundo os traballiños vos fordes de paseo de Vilanov'o val, entrade respetosos, entrade caladiños, na primos'ermida d'a Virxe do Cristal.

De tristes agarimo, de probes esperanza, d'os namorados guía, sostén do labrador, canto de Dios quixere, tanto de Dios alcanza, non hai quen lle non deba consolos e favor.

Las últimas biografías y estudios sobre Curros son las de Luis Carré Alvarellos (Buenos Aires, 1953) y Celso Emilio Ferreiro. Un buen estudio de su métrica, el de José Luis López Cid.

Valentín Lamas Carvajal

En cuanto figura representativa, puede tenerse a Lamas Carvajal como el poeta de la aldea gallega. Nació, en Orense, en 1849; tuvo que abandonar los estudios de Medicina por haber quedado ciego, y vivió como periodista, en su ciudad natal, hasta su muerte, en 1906. Tuvo gran popularidad. Fué escritor satírico y combativo, en sus *Mostacillas*, en verso, del «Eco de Orense», que

dirigía; fué poeta subjetivo, puso en verso castellano leyendas de Galicia, como La monja de San Payo y Las dos perpétuas: fué uno de los maestros de la prosa

gallega.

Pero su significación está en sus pinturas de la vida rural y su dramatismo; la describe con amor, con gracia y con amargura. La visión pesimista de la aldea se encuentra ya en Curros, por ejemplo, en el Nouturnio, pero en Lamas alcanza acentos desoladores, sobre todo en A musa das aldeas:

Alí todo é triste. No inverno as nevadas en branco sudario convirten o chán, y-os lobos famentos qu'oubean no monte as longas veladas mais funebres fan... As vacas muxindo, balando as ovellas, os cás a ladraren son tristes tamén y-o canto dos galos pol-a media noite un deixo d'angustias insólitas ten, Nas tardes d'outono, frotando nas brétemas parés qu'unha fada fatídica vai, pois faise a morriña mais fonda no esprito, mais fondo o desterro da vida se fai. Alí non pensedes achar agarimo si apóstoles sodes d'algún ideal; a inmobre rutina secou os celebros, y-a común miseria xunguíunos ô mal. Fozando co sacho na crosta de terra, sin outros alentos qu'a superstición, etc.

Esta visión tan negra, que inspira Catecismo d'o labrego, escrito en prosa, no excluye, en otras ocasiones, cierto bucolismo y un humor picaresco y alegre. El regionalismo de Lamas Carvajal, tal como se expresa en la revista O tio Marcos d'a Portela, quiere ser, a un tiempo, progresista y «enxebre»:

Os mandamentos d'o Marcos, fora da Eirexa, son seis: facer a todos xusticia, non casarse con ninguén, falar o gallego enxebre, cumprir c'o que n anda a ley, loitar pol-o noso adianto con antusiasmo e con fe, vestir calzós e monteira per omnia secula amén.

Los libros de Lamas Carvajal: Espiñas, follas e frores (Orense, 1871), Desde la reja (1878), Saudades gallegas (1889), A musa das aldeas (1890) son de las que más ediciones tuvieron en Galicia. Para la mayoría de los hombres de su tiempo, la poesía gallega era la de Curros y la de Carvajal, mientras Pondal y Rosalía eran mucho menos conocidos y aun apreciados fuera del mundo estrictamente literario.

Un estudio bio-bibliográfico sobre Valentín Lamas Carvajal, publicó, en Orense, José Fernández Gallego (1950). Sobre su poesía, Benito Varela Jácome,

«Cuadernos de Estudios Gallegos», XII.

Los últimos del siglo

Especialmente en las dos últimas décadas del XIX, pululan en Galicia los poetas y menudean los libros, que publican la «Biblioteca Gallega» de Martínez Salazar, los impresores Soto Freire, Taxonera, Otero, etc. Son casi todos costumbristas o líricos, humoristas o rebeldes, sin que falten evocaciones históricas y cantos de reivindicación regionales. Sin establecer un orden preciso, debemos

citar a Benito Losada (Soaces d'un vello, 1886; Contiños, 1888), los filólogos Pérez Ballesteros (Versos en dialecto gallego, 1878; Foguetes, 1888) y Saco y Arce (Poesías, 1878); Martínez González (Poemas, 1883), Evaristo Martelo Paumán, marqués de Almeiras (Os afillados do demo, 1885; Líricas gallegas, 1894), Manuel Amor Meilán (Treboadas, 1884), Alberto García Ferreiro (Volvoretas, 1887; Chorimas, 1890; Leenda de groria, 1891; Follas de papel, 1892), el tratadista del regionalismo, Alfredo Brañas, autor de un Himno gallego y de un canto agrario: «Ergue, labrego, — érguete e anda — com'en Irlanda, — com'en Irlanda»...; Heraclio Pérez Llacer (Cantares, 1883; O Fillo dos Tronos, 1888), Jesús Rodríguez López (Cousas das mulleres, 1890; Pasaxeiras, 1898), Aureliano J. Pereira, uno de los más estimados de su época (Cousas da aldea, 1891); el más popular de los poetas festivos: Enrique Labarta Posse, Bálsamo de Fierabrás, 1889; Sátira de costumbres gallegas, 1893, y mucha obra dispersa en publicaciones periódicas); Barcia Caballero, (Rimas, 1891), Florencio Vaamonde Lores, (Os Calaicos, 1894; Versión gallega de Anacreonte, 1897); Núñez González (Salayos, 1895); Amador Montenegro Saavedra (Epigramas, 1891; Muxenas, 1896); Filomena Dato Muruais (Follatos, 1893; Romances y cantares, 1895)... Otros muchos dejaron poesías sueltas en los periódicos y revistas; alguno, como Castor Elices, se hizo célebre por dos únicas composiciones.

Muchos de éstos alcanzaron nuestro siglo y publicaron nuevas obras, sosteniendo las características de su época. Otros comenzaron entonces y desarrollaron su labor contemporáneamente a la gran transformación que se produjo alrededor de 1920. Los más notable son Eladio Rodríguez González, que publicó, en 1894, Folerpas; Manuel Lugrís Freire, Soidades (Habana, 1894), Aurelio Ribalta y Manuel Leiras Pulpeiro, que publicaron sus primeros versos en nues-

tro siglo.

Para todos estos poetas hay que acudir a las historias generales de la literatura gallega. Las dos últimas, las de Benito Varela Jácome y de Francisco Fernández del Riego, ambas de 1951.

El Teatro

Es éste un género que apenas logró desarrollo en Galicia. Son varias las causas que se le oponen: las principales, para las obras en lengua regional, la falta de actores; los escritores gallegos han de confiar sus producciones a grupos de aficionados, y resignarse a verlas representadas en funciones benéficas o de circunstancias; para las obras en castellano, la casi invencible dificultad de que los autores de provincias las vean aceptadas por las compañías de profesionales. Falta, además, en Galicia una tradición dramática propia. No es cosa de invocar la Nise laureada y la Nise lastimosa, de fray Jerónimo Bermúdez, ni María Hernández la Gallega, de cuyo efecto en nuestro país no sabemos nada, en realidad. La afición al teatro, existente ya en los siglos anteriores, la satisfacían compañías venidas de afuera, con repertorio castellano.

Algunos escritores de la época romántica: Salas y Quiroga, Antonio de San Martín, Antonio Camino, escribieron para el teatro; algunos, como José Puente y Brañas y B. Crespo y Borbón, abordaron temas gallegos: María Pita, del primero, y Vale por cien gallegos el que logra despuntar, del segundo. José Rúa Figueroa escribió un drama tremendo: Fernán Pérez Churruchao y el Arzobispo Don Suero, fundado en una leyenda compostelana sobre la venganza de un noble gallego, que asesinó a aquel arzobispo. Aun en el presente siglo, las compañías que venían a Santiago se aseguraban un lleno representando «Los Churruchaos»; los estudiantes lo tomaban a broma, y hacían repetir muchas veces la escena de la muerte del arzobispo, gritando: «¡Que lo mate otra vez!».

La primera obra en gallego que se estrenó fué, según parece, A fonte do xuramento, de Francisco María de la Iglesia, en 1882, en el Liceo Brigantino, de La Coruña, y luego Unha revolta popular, de Emilio Álvarez Giménez.

El más fecundo de nuestros escritores dramáticos fué Galo Salinas, de quien se enumeran cerca de veinte obras, entre ellas, los dramas A torre de Peito Biur delo, Filla!, Carmela, Feromar, y diversas comedias y obras variadas como Copas e bastos, Alma gallega, O crime da silveira, Bodas de ouro, Os meus amores, Entre dous mundos, Contrabando e contrabanda, etc., y casi otras tantas en castellano. Su esfuerzo es loable, pero el resultado es poco animador. Su entusiasmo lo llevó a emprender una campaña en pro del teatro gallego, a la que responde su Memoria acerca de la dramática gallega (La Coruña, 1896). Sus éxitos fueron varios premios obtenidos en certámenes.

Otros nombres del teatro gallego, que comenzaron su labor en el siglo XIX, Jesús Rodríguez López, Jesús San Luis Romero, Alfredo Nan de Allariz y Avelino Rodríguez Elías. De todos modos, el teatro, entre nosotros, se halla en una inferioridad manifiesta con respecto a los otros géneros, hasta que en nuestro siglo aparece, con súbita y sorprendente elevación, la obra dramática de Valle-

Inclán, gallega por su espíritu y muchas veces por su tema.





